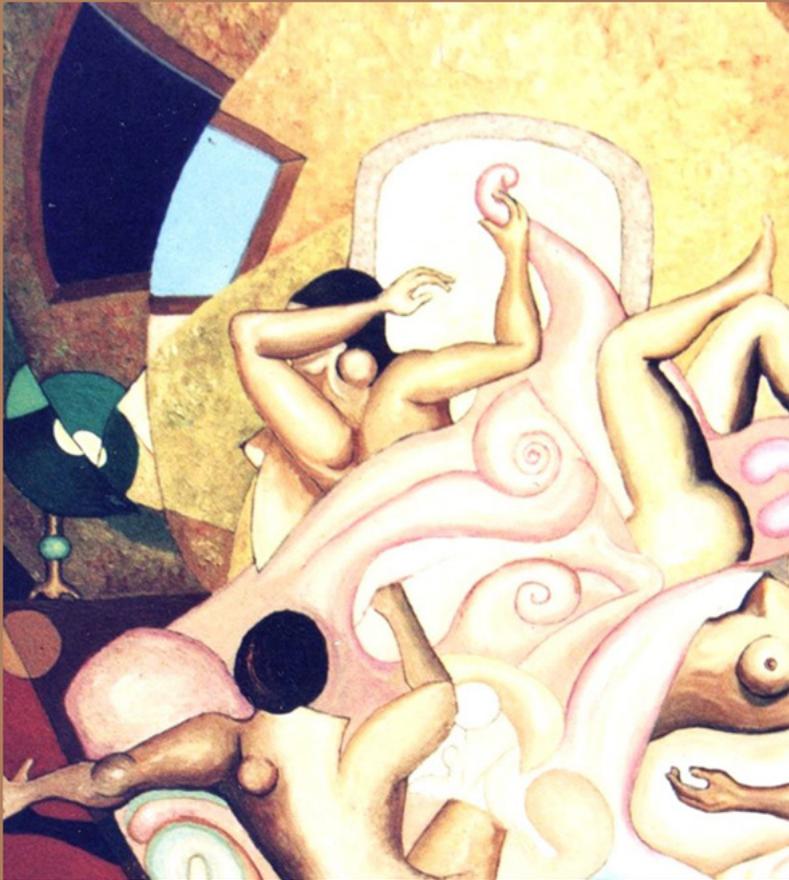


# Amor Obsesivo

hakim bey





Título original: Obsesive Love  
Translator: Anoni Matta  
Ilustración de Portada: Rodrigo Gáinza  
Edición: Roberto

Colectivo Editorial Nihil Obstat / Colección Orgónica

# AMOR OBSESIVO

por Hakim Bey

Las “dialécticas toscas” nos permiten complacer un impuro gusto por la historia, una maniobra de dragado, un bricolaje de bric-a-brac “suprimido y realizado”, tontas desabridas y caducas prácticas como el “amor obsesivo”. El Romance es “Romano” sólo en su sentido terminal, en tanto fue devuelto a “Rum” (El nombre Islámico para Europa y Bizancio) por Cruzados y trovadores. La pasión desesperada (‘ishq) aparece primero en textos de Oriente como El Anillo de la Paloma (en realidad un término en jerga para el cuello de la verga circuncidada) de Ibn Hazm y en los tempranos textos de Layla y Majnum de Arabistan. Los sufís (‘Attar, Ibn ‘Arabi, Rumi, Hafez, etc.) se apropiaron del lenguaje de esta literatura erotizando aún más una cultura y una religión ya erotizadas.

Pero si el deseo impregnó la estructura y el estilo del Islam, se mantiene no obstante un deseo reprimido. “El que ama, pero permanece casto y muere de anhelo, logra el estatus de un mártir en la Yihad”, esto es, el paraíso; más o menos clama una popular, pero quizá espuria, tradición del mismo Profeta. La agrietada tensión de esta paradoja impulsa una nueva categoría de emoción en la vida: el amor romántico basado en el deseo insatisfecho, en la “separación” más que en la “unión”... o sea, en el anhelo. El período Helénico (como lo evocara en instantes Kavafis) suministró los géneros para esta convención: el “romance” mismo, además del idilio y la lírica erótica; pero el Islam, con su sistema de sublimación pasional, brindó nuevo fuego a las antiguas formas. La fermentación Greca-Egipcia-Islámica añade un elemento pederasta al nuevo estilo; además, la mujer ideal del romance no es ni esposa

ni concubina sino alguien en la categoría prohibida, alguien ciertamente al margen de la categoría de la mera reproducción. El romance aparece por eso como un tipo de gnosis, en el cual espíritu y carne ocupan posiciones antitéticas; quizá también como un tipo de avanzado libertinaje en el cual la emoción fuerte es vista como más satisfactoria que la satisfacción misma. Visto como “alquimia espiritual” la finalidad del proyecto pareciera involucrar la inculcación de consciencia no-ordinaria. Este desarrollo alcanzó su extremo, pero continua en cierto grado “legítimo” en sufis tales como Ahmad Ghazzali, Awhadoddin Kermani y Abdol-Rhaman Jami, quienes “testificaron” la presencia del Divino Amado en algunos bellos y aún (reputablemente) castos muchachos. Los Trovadores dicen lo mismo de sus enamoradas; la Vita Nuova de Dante representa el ejemplo extremo. Cristianos y Musulmanes recorrieron del mismo modo un capcioso precipicio con esta doctrina de sublime castidad, pero a veces los efectos espirituales pudieron confirmarse tremendos como en Fakhroddin ‘Iraqi, o ciertamente en Rumi y Dante mismos. ¿Pero no era posible ver la cuestión del deseo desde una perspectiva “tántrica” y admitir que la “unión” es también una forma de suprema iluminación? Tal posición fue tomada por Ibn ‘Arabi, pero él insistió en el matrimonio legal o el concubinaje. Y dado que toda homosexualidad está prohibida en la Ley del Islam, un amante-de-muchachos sufi no tenía una categoría “segura” para la realización sensual. El jurista Ibn Taimiyya una vez demandó a cierto derviche haber hecho algo más que simplemente besar a su enamorado. “¿Y qué si es que ya lo hice?”, replicó el bellaco. La respuesta pudo ser “¡culpable de herejía!” por supuesto, sin mencionar formas aún más bajas de crímenes. Una respuesta similar pudo ser dada a cualquier Trovador con tendencias “tántricas” (adulteras), y tal vez esta respuesta arrojó a algunos de ellos a la herejía organizada del Catarismo.

El amor romántico en occidente recibió energías del neoplatonismo, tanto como del mundo islámico; y el romance otorgó un aceptable (aún ortodoxo) sentido de compromiso entre la moral Cristiana y la redescubierta cosmoerótica de la Antigüedad. A pesar de eso el malabar era precario: Pico

de la Mirandolla y el pagano Botticelli terminaron en las manos de Savonarola. Una minoría secreta de nobles renacentistas, “tántrica”. Pero para la mayoría de los platónicos, la idea de un amor basado en el anhelo sirvió sólo a fines ortodoxos y alegóricos, en donde el amado de carne y hueso puede ser sólo una sombra distante del amante real (como lo demuestran Santa Teresa y San Juan de la Cruz) y sólo puede ser amado de acuerdo a un “cortés”, casto y penitencial código. Todo el objeto de La muerte de Arturo de Malory es que Lancelot no logra seguir el ideal de un caballero, amando carnalmente a Guenivere en lugar de amarla sólo espiritualmente.

El surgimiento del capitalismo ejerce un extraño efecto en el romance. Solamente puedo expresarlo con una absurda fantasía: es como si el amado se volviese la mercancía perfecta, siempre deseado, siempre pagado, pero nunca verdaderamente gozado. La abnegación del Romance armoniza perfectamente con la auto-negación del Capitalismo. El Capital demanda escasez, tanto de la producción como del placer erótico, en lugar de limitar sus exigencias simplemente a la moral o la castidad. La religión prohíbe la sexualidad, por lo tanto, invierte en la renuncia con glamour; el Capital retira la sexualidad, inculcándola con desesperación. El “Romance” ahora lleva al suicidio Wertheriano, el asco de Byron, la castidad de los dandis. En este sentido, el romance se volverá la obsesión perfecta en dos dimensiones de la canción popular y la publicidad, sirviendo la huella utópica dentro de la infinita reproducción de la mercancía.

En respuesta a esta situación, los tiempos modernos han ofrecido dos salidas al romance, aparentemente opuestas, las cuales se relacionan con nuestro hermenéutico presente. Una, el surrealista amor fou, claramente pertenece a la tradición romántica, pero propone una radical solución a la paradoja del deseo combinando la idea de la sublimación con la perspectiva tántrica. En oposición a la escasez (o la “plaga emocional” como la llamó Reich) del Capitalismo, el Surrealismo propone un exceso transgresor de los más obsesivos deseos y su realización más sensual. Lo que el romance de Nezami o

Malory había separado (“deseo” y “unión”), el Surrealismo propone recombinar. El efecto fue destinado a ser explosivo, literalmente revolucionario. El segundo punto de vista relevante aquí fue también revolucionario, pero más “clásico” que “romántico”. El anarquista-individualista John Henry Mackay sin esperanzas en el amor romántico, el cual solamente pudo ver como contaminado por las formas sociales de propiedad y alienación. El amante romántico anhela “poseer” o ser poseído por el ser amado. Si el matrimonio es simplemente prostitución legal (el típico análisis anarquista), Mackay halló que el “amor” mismo se transformó en una forma de mercancía. El amor romántico es una enfermedad del ego y está relacionado con la “propiedad”; en oposición, Mackay propuso la amistad erótica, libre de relaciones de propiedad, basada en la generosidad más que en la nostalgia y la renuncia (escasez): un amor entre autoregulados iguales.

Aunque Mackay y los Surrealistas parecen oponerse, existe un punto en donde se encuentran: la soberanía del amor. Además, ambos rechazan el patrimonio platónico del “anhelo desesperado”, el cual es visto ahora como meramente auto-destructivo, quizá una cuota de la deuda que ambos, anarquistas y surrealistas, le deben a Nietzsche. Mackay demanda un eros apolinio, los surrealistas por supuesto optan por Dionisos, obsesivo, peligroso. Pero ambos están en revuelta contra el “romance”.

Hoy en día ambas soluciones al problema del romance parecen estar aún “abiertas”, aún “posibles”. La atmósfera puede sentirse aún más contaminada con degradadas imágenes del deseo que en los tiempos de Mackay o Breton, pero parece no haber un cambio cualitativo en las relaciones entre el amor y el Muy-tardío Capitalismo desde entonces. Admito una preferencia filosófica por la posición de Mackay porque he sido incapaz de sublimar el deseo en un contexto de “obsesión desesperada” sin caer en la miseria; y que la felicidad (la meta de Mackay) parece derivarse del “abandono” de la falsa caballeridad y el abnegado dandismo en favor de modos más “paganos” y convivenciales de amar. Sin embargo, hay que reconocer que la “separación”

y la “unión” son estados de conciencia no ordinarios. El anhelo obsesivo e intenso constituye un “estado místico”, que solamente necesita destellos de religión para cristalizar en un auténtico éxtasis neoplatónico. Pero nosotros, románticos, debemos recordar que la felicidad posee un elemento completamente ajeno a cualquier tibio arrumaco burgués o insípida cobardía. La felicidad expresa un festivo e incluso insurreccional aspecto que le da, paradójicamente, su propia aura romántica. Quizá podemos imaginar una síntesis de Mackay y Breton, seguramente un paraguas y una máquina de coser sobre una mesa de operaciones: y construir una utopía basada tanto en la generosidad como en la obsesión. (Una vez más surge la tentación de intentar una fusión de Nietzsche con Charles Fourier y su “atracción pasional...”); pero de hecho, esto lo he soñado (lo he recordado de repente, como si fuera literalmente un sueño) y ha tomado una realidad tentadora y se ha filtrado en mi vida, en cierta Zona Autónoma Temporal, un “imposible” espacio tiempo... y en este breve indicio, está basada toda mi teoría.

*Otoño del 2012*



*FIN*